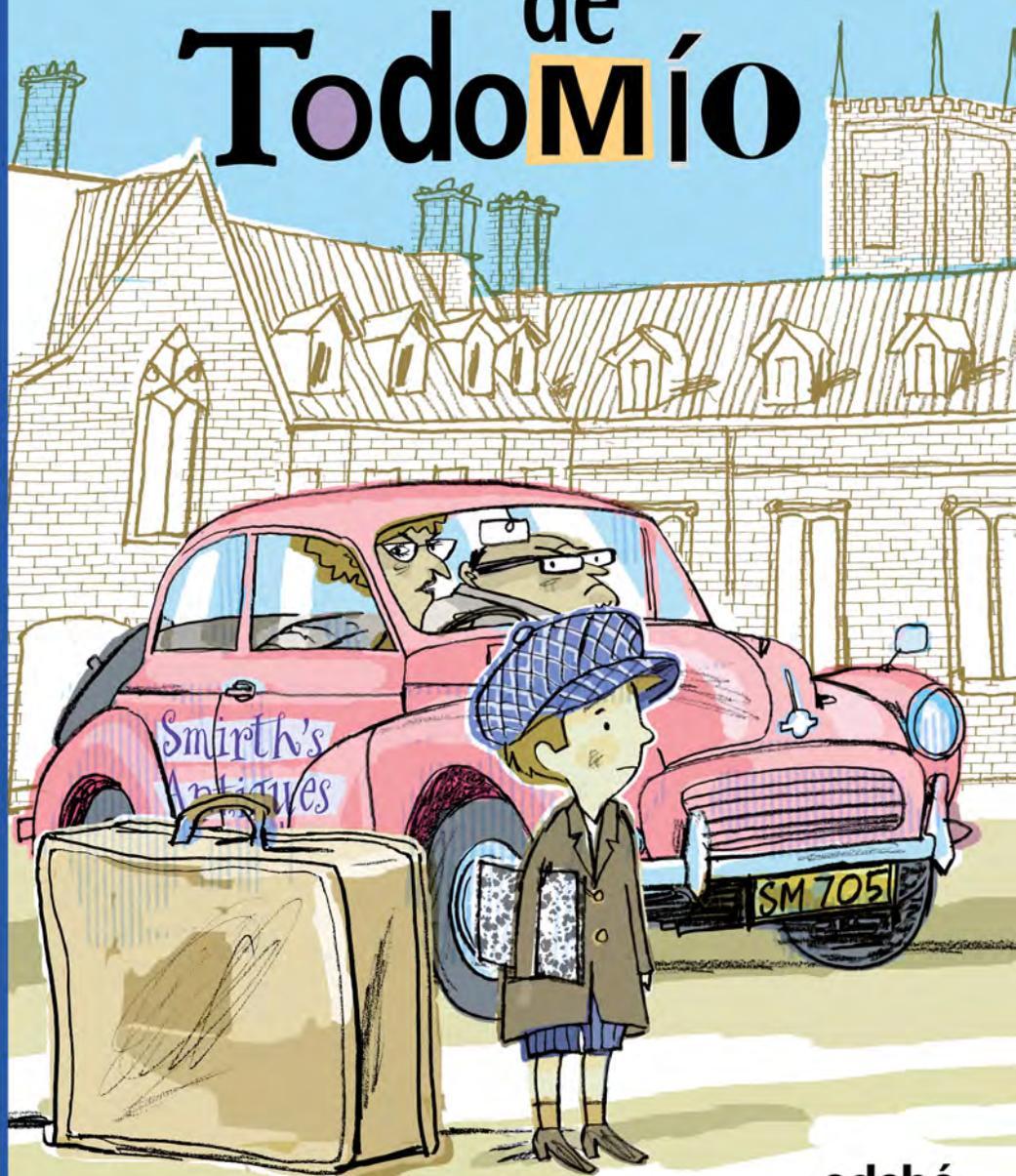


Fabrizio Silei

# La UNiveRsidad de TodoMío



edebé

**La UNIVERsidad**  
**de**  
**Todomío**



Fabrizio Silei

# La UNIVERsidad de Todomío

Ilustraciones de Adriano Gon

Traducción de Marinella Terzi

**edebé**

*A Gianna y Roberto Denti, constructores de vínculos*

Título original: *L'Università di Tuttomio*

Texto de Fabrizio Silei

Ilustraciones de Adriano Gon

© Traducción al castellano de Marinella Terzi

© 2017 Editrice Il Castoro, Milano / [www.castoro-on-line.it](http://www.castoro-on-line.it)

Este libro ha sido negociado por Ute Körner Literary Agent,

Barcelona / [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

Primera edición, octubre 2018

ISBN: 978-84-683-3845-3

Depósito legal: B. 21226-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# 1.

## Una pareja FELIZ

**A**l inicio de esta historia el señor y la señora Smirth eran ya una pareja de mediana edad y no habían tenido hijos. A decir verdad, no solo no los habían tenido, sino que ni siquiera habían tomado jamás en consideración tal posibilidad.

Los dos odiaban a los niños: eran ruidosos, latosos, exigentes, caros de mantener y... siempre se metían por medio. Incluso durante sus vacaciones alrededor del mundo trataban de evitar los lugares frecuentados por familias. Desde que se conocieron y se casaron, quince años atrás, nunca habían sentido la necesidad de encarar el asunto, pues estaban encantados de haber encontrado el uno en el otro una comunión envidiable de intenciones y pareceres.

Los Smirth vivían en una deliciosa villa de Ladbroke Road, pero pasaban la jornada en una de las calles más exclusivas de Londres, en el barrio de Notting Hill, ocupándose de sus negocios. Gracias a un golpe de suerte pudieron establecer sus respectivas empresas una frente a otra.

En el lado derecho de la prestigiosa Portobello Road, Gregor había establecido su agencia inmobiliaria y de nego-

cios, que tenía un toque añejo y la fachada pintada de un hermoso verde agua; y en el lado izquierdo, a la misma altura, Katuscia había abierto una tienda de antigüedades y objetos decorativos —Smirth's Antiques—, presidida por un escaparate Liberty y pintada en un hermoso rosa chicle.

Esta estupenda situación geográfica permitía que ambos se saludaran desde sus respectivos escaparates y de tanto en tanto se enviaran cariñosos besitos con la mano. Cada uno se encargaba de sus asuntos y a la hora de comer se reunían en el Café Restaurante Roald Dahl, un elegante restaurante al final de la calle, donde comían mientras comentaban alegremente los éxitos que habían logrado a lo largo de la mañana.

Su alto nivel de vida les garantizaba que no les faltara de nada. Del primero al postre, nunca se saltaban ni un solo plato y sus pasatiempos preferidos eran viajar, contar el dinero que iban acumulando en el banco y en las distintas libretas de ahorros, y recordar juntos la lista de sus propiedades inmobiliarias.

—¡Y no te olvides de la casita de campo en Nottingham! —decía Gregor, contento de poder añadirla a la lista que estaban evocando sentados en su restaurante habitual.

—Sí. ¡Estupendo! Casi se me había olvidado. ¿Y el local de la City? ¿Qué te parece? ¿Habrá llegado el momento de venderlo?

Esa era la naturaleza de sus conversaciones. Siempre que no estuvieran en compañía de Mr Rogers, que regentaba una joyería situada en la esquina de la misma calle. Esto

ocurría sin falta tres veces a la semana, el martes, el jueves y el sábado. Los tres comían en la misma mesa, pero los tres pedían cuentas separadas.

Con Mr Rogers, que llegaba siempre puntualísimo, se entretenían discutiendo de política y de negocios, de viajes de lujo y de comidas exquisitas, o de prendas de cachemir y zapatos de marca, piezas que no faltaban en el armario de ninguno de los tres.

Se puede afirmar sin ningún género de dudas que, si las cosas fueron como fueron, fue precisamente a causa de Mr Rogers. De hecho, fue allí, en la mesa del Café Restaurante Roald Dahl, donde comenzó toda la historia.

Gregor miró el reloj y le preguntó a Katiuscia:

—Hoy es jueves, ¿es así?

—Es así —respondió la mujer.

—Son ya las doce y diez. ¿Es así?

—¡Es así!

—¡Y Mr Rogers se retrasa!

—No es propio de él —admitió ella.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos pidiendo?

—Claro —estuvo de acuerdo Katiuscia—. ¡Ya vendrá! Y si no viene...

—¡¡¡¡A quién le importaaaa!!!! —canturrearon al unísono, levantando las manos y agitándolas como dos banderolas ondeantes. Era una especie de lema, de pequeño juego chistoso que se habían inventado desde los primeros tiempos de su relación.

¿Un terremoto en Italia? «Envío de fondos. ¡Ayuda in-

*café*  
**RESTAURANT**

*Ronald Pa*



mediata!», suplicaba la radio o la televisión. Y ellos se miraban con aire cómplice y, manoteando a la altura de las orejas, canturreaban: «¡¡¡¡¡A quién le importa!!!».

Sin embargo, cuando el camarero se acercó a la mesa para anotar la comanda, Gregor le preguntó si había visto por casualidad a Mr Rogers.

El camarero los miró perplejo y se puso serio.

—¿Cómo? ¿No lo saben?

—¿Qué es lo que tenemos que saber? —respondieron los dos.

—La mujer de la limpieza lo ha encontrado muerto esta misma mañana. ¡Ha sufrido un infarto mientras abrillantaba su colección de monedas antiguas!

—¡Pero no es posible! —replicó incrédulo Gregor, empezando a tirar del matojo de pelos que salía de su oreja derecha, como para comprobar que había oído bien—. Tenía solo mi edad, cuarenta y nueve años, ¡fuimos compañeros de colegio! —y un escalofrío le recorrió la espalda.

Con el rostro afligido, el camarero abrió los brazos, como diciendo: «No hay nada que hacer», y luego añadió:

—Si me permiten que los aconseje, hoy tengo un excelente rosbif con pudín de Yorkshire.